

Dejar actuar a Dios

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer era solamente un instrumento en las manos de Dios

Cardenal Joseph RATZINGER

Prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe

Me ha impresionado siempre la interpretación que Josemaría Escrivá daba del nombre Opus Dei; una interpretación que podríamos llamar biográfica y que nos permite comprender al fundador en su fisonomía espiritual. Escrivá sabía que debía fundar algo, pero siempre era consciente de que ese algo no era obra suya, que él no había inventado nada, que simplemente el Señor se había servido de él. Así pues, aquello no era obra suya, sino *Opus Dei*. Él era solamente un instrumento en las manos de Dios.

Al considerar este hecho me han venido a la mente las palabras del Señor que recoge el evangelio de san Juan: «Mi Padre actúa siempre» (Jn 5, 17). Son palabras que Jesús pronunció durante una discusión con algunos especialistas de la religión que no querían reconocer que Dios puede actuar también el sábado. Este debate, en cierto modo, sigue abierto aún entre los hombres—incluso entre los cristianos—de nuestro tiempo. Algunos piensan que, después de la creación, Dios se «retiró» y ya no tiene ningún interés en nuestras cosas de todos los días. Según este modelo de pensamiento, Dios no podría ya entrar en el entramado de nuestra vida diaria. Pero Jesús, con sus palabras, desautoriza esa manera de pensar. Un hombre abierto a la presencia de Dios se da cuenta de que Dios actúa siempre y actúa también hoy. Por tanto, debemos dejarlo entrar y dejarlo actuar. Y así es como nacen las cosas que dan un futuro y renuevan la humanidad.

Todo eso nos ayuda a entender por qué Josemaría Escrivá no se consideraba «fundador» de nada, sino sólo uno que quería cumplir la voluntad de Dios, secundar la acción, precisamente, la obra de Dios. En este sentido, el teocentrismo de Escrivá de Balaguer, coherente con las palabras de Jesús, o sea, esta confianza en el hecho de que Dios no se retiró del mundo, que Dios actúa ahora y nosotros sólo debemos ponernos a su disposición, estar disponibles, ser capaces de reaccionar ante su llamada, es para mí un mensaje de suma importancia. Es un mensaje que

lleva a superar la que se puede considerar la gran tentación de nuestros tiempos: la pretensión de que después del *big bang* Dios se retiró de la historia. La acción de Dios no se «detuvo» en el momento del *big bang*, sino que prosigue a lo largo del tiempo, tanto en el mundo de la naturaleza como en el mundo humano.

Por eso, el fundador de la Obra decía: yo no he inventado nada; es Otro quien actúa; yo sólo estoy dispuesto a servir de instrumento. Así, este título, y toda la realidad que llamamos Opus Dei, está profundamente vinculado a la vida interior del fundador, el cual, permaneciendo muy discreto en este punto, nos da a entender que estaba en diálogo permanente, en contacto real con Aquel que nos ha creado y actúa por nosotros y con nosotros. De Moisés dice el libro del Exodo que Dios hablaba con él «cara a cara, como habla un hombre con su amigo» (Ex 33, 11). Me parece que, aunque el velo de la discreción nos oculta muchos detalles, aquellas alusiones nos permiten aplicar muy bien a Josemaría Escrivá este hablar «como habla un hombre con su amigo», que abre las puertas del mundo para que Dios pueda hacerse presente, actuar y trasformarlo todo.

A esta luz también se entiende mejor lo que significa *santidad* y vocación universal a la santidad. Conociendo un poco la historia de los santos, sabiendo que en los procesos de canonización se busca la virtud «heroica», casi inevitablemente tenemos un concepto equivocado de santidad. Nos sentimos tentados de decir: «No es para mí, porque yo no me siento capaz de realizar virtudes heroicas: es un ideal demasiado elevado para mí». Así, la santidad resulta algo reservado para algunos «grandes», cuyas imágenes vemos en los altares, y que son muy diferentes a



nosotros, normales pecadores. Pero este concepto de santidad es erróneo; se trata de una percepción equivocada, que ha sido corregida—y esto me parece el punto central—precisamente por Josemaría Escrivá.

Virtud heroica no quiere decir que el santo hace una especie de «gimnasia» de santidad, algo que las personas normales no logran hacer. Al contrario, quiere decir que en la vida de un hombre se manifiesta la presencia de Dios, o sea, se manifiesta lo que el hombre por sí mismo no podía hacer. Tal vez en el fondo se trata más bien de una cuestión de términos, porque el adjetivo «heroica» se interpreta mal. Virtud heroica propiamente no significa que uno ha hecho grandes cosas por sí mismo, sino que en su vida aparecen realidades que no ha hecho él, porque él ha sido transparente y disponible a la obra de Dios. O, con otras palabras, ser san-

to no es más que hablar con Dios como habla un hombre con su amigo. Esta es la santidad.

Ser santo no implica ser superior a los demás; más aún, el santo puede ser muy débil, con muchas equivocaciones en su vida. La santidad es este contacto profundo con Dios, es hacerse amigo de Dios; es dejar actuar al Otro, al Único que puede realmente hacer que el mundo sea bueno y feliz. Por consiguiente, si san Josemaría dice que todos están llamados a ser santos, me parece que en el fondo está reflejando esta experiencia personal suya de no haber hecho por sí mismo cosas increíbles, sino de haber dejado actuar a Dios. Por eso, surgió una renovación, una fuerza de bien en el mundo, aunque todas las debilidades humanas seguirán siempre presentes. Realmente todos somos capaces, todos estamos llamados a abrirnos a esta amistad con Dios, a no dejar las manos de Dios, a

seguir volviendo siempre al Señor, hablando con él como se habla con un amigo, sabiendo bien que el Señor realmente es el verdadero amigo de todos, incluso de los que no pueden hacer por sí mismos grandes cosas.

Por todo esto he comprendido mejor la fisonomía del Opus Dei, esta vinculación sorprendente entre una absoluta fidelidad a la gran tradición de la Iglesia, a su fe, con desarmante sencillez, y la apertura incondicional a todos los desafíos de este mundo, tanto en el ámbito académico como en el del trabajo, el de la economía, etc. Quien tiene esta relación con Dios, quien tiene esta conversación ininterrumpida puede atreverse a responder a esos desafíos, y ya no tiene miedo, porque quien está en las manos de Dios cae siempre en las manos de Dios. Así es como desaparece el miedo y nace, por el contrario, la valentía de responder al mundo de hoy.